

# LA SANTA ALIANZA

Historia del espionaje Vaticano. De Pio V a Benedicto XVI

## CAPÍTULO I

ENTRE LA REFORMA Y UNA NUEVA ALIANZA 1566 - 1570

“Con lágrimas en los ojos os lo digo: muchos de vosotros se comportan como enemigos de la cruz de Cristo” Filipenses 3, 18.

El cardenal Ghislieri - el Santo Oficio - Enrique VIII y la Reforma - Pío V el Inquisidor - Isabel I de Inglaterra - Maria Estuardo - el espía David Rizzio - asesinato en Holyrood -el jesuita Lamberto Macchi - venganza en Kirk O'Field - la ejecución de Fawdonshide y Moray - la bula Regnans in Excelsis.

Existen diferentes versiones sobre quién fue el verdadero fundador de la llamada Santa Alianza, el servicio de espionaje vaticano. Pero sería el papa Pío V (1566-1572) quien en 1566 organizó el primer servicio de espionaje pontificio con el fin de luchar contra el protestantismo representado por Isabel I de Inglaterra.

Miguel Ghislieri, muy aficionado a las intrigas y al secretismo, había tomado los hábitos a los catorce años e inmediatamente viajó a Bolonia para estudiar filosofía y teología. Con veinticuatro años Ghislieri como presbítero de Génova se dedicó a enseñar ambas asignaturas en los conventos y monasterios de la región haciéndose famoso por su defensa acérrima de la autoridad pontificia.

Ya protegido por el poderoso cardenal Juan Pedro Caraffa (el futuro papa Pablo IV), fue convocado a Roma para asumir la dirección de una misión especial. Ghislieri fue encargado por su eminencia de crear una especie de servicio de contraespionaje. Este se ocuparía de forma piramidal, de recabar información de todos aquellos que pudiesen violar los preceptos papales y dogmas de la Iglesia, y poder ser así juzgados por la Inquisición.

El joven presbítero era muy aficionado a las sociedades secretas y para él el Santo Oficio era una de las “sociedades secretas” con mayor poder de su tiempo. La labor realizada por los agentes de Ghislieri en las regiones de Como y Bérgamo llamaron la atención de los poderosos de Roma. En menos de un año casi mil doscientas personas, desde agricultores a nobles, fueron juzgados por el tribunal de la Inquisición. Más de dos centenares fueron encontrados culpables, tras ser sometidos a terribles torturas y ejecutados. Los hombres del Inquisidor eran verdaderos expertos en aplicar la tortura a los posibles herejes mediante la cuerda, el agua y el fuego.

La tortura de la cuerda consistía en atar las manos del presunto hereje a la espalda y por medio de una cuerda sujeta al techo, se levantaba al prisionero. Una vez que el cuerpo quedaba suspendido por breves momentos se le soltaba para que cayese por su propio peso. El prisionero quedaba a un metro del suelo y con la violenta sacudida, se dislocaban las extremidades. El suplicio continuaba durante horas hasta que el médico de la Inquisición lo detenía. Los verdugos del Santo Oficio bajaban al prisionero y lo introducían en una pequeña celda sin recibir atención médica.

Otra de las torturas más utilizadas era la del agua. Los verdugos tendían a la víctima en un potro de madera en forma de canal y le colocaban un lienzo fino mojado en la garganta mientras le cubrían la nariz para que no pudiese respirar. Otro de los verdugos le derramaba agua por la boca y por los orificios nasales. El detenido no tenía oportunidad alguna de respirar. Cuando el médico de la Inquisición detenía el tormento muchos de los reos estaban muertos. El tercer sistema, utilizado principalmente en mujeres era el del fuego. La detenida era desnudada por completo y atada de pies y manos para evitar que no se pudiese mover. Inmediatamente después se le aplicaban en la planta de los pies aceite o lardo y se acercaban al fuego hasta que quedaban al descubierto los nervios y los huesos de las extremidades.

En 1551, Miguel Ghislieri debido a los servicios prestados, fue ascendido por Caraffa, nombrándolo general de la Inquisición en Roma bajo el pontificado de Julio III (1550-1555). Con Ghislieri como general, la Congregación del Santo Oficio recibió todas las mejoras para alcanzar los objetivos que se proponía. En primer lugar se llevó a cabo una reforma del llamado Consejo de la Suprema nombrando el Papa a un grupo de cardenales para que lo controlasen. Los purpurados hacían a la vez de jueces y consejeros del pontífice en caso de llevar a juicio a personas relevantes de la sociedad romana. El tribunal estaba formado también por dos secretarios y un fiscal que era el encargado de examinar los dogmas y los actos de las personas juzgadas por la Inquisición.

La Congregación del Santo Oficio cuyo máximo jerarca era el Papa, tenía la suprema autoridad sobre todas las inquisiciones particulares. El pontífice nombraba a todos los miembros de los tribunales, incluidos los cardenales, secretarios, abogados y fiscales. Incluso era el encargado de ratificar o anular el nombramiento de un inquisidor por parte de los reyes de España y Portugal.

Sería Miguel Ghislieri quien a principios de 1552 establecería las siete clases de delitos que eran susceptibles de ser juzgados por el tribunal del Santo Oficio: los herejes; los que son sospechosos de herejía; los que protegiesen a los herejes; los magos, brujos o hechiceros; los blasfemos; los que se resistiesen a las autoridades o agentes de la Inquisición; y los que rompiesen, ultrajasen o violasen los sellos o símbolos del Santo Oficio.

Desde ese mismo año, Ghislieri creó a lo largo y ancho de toda la ciudad una auténtica red de espías. Estos operaban desde los lupanares de la ciudad a las cocinas de los palacios de los nobles de Roma. Las informaciones de todo tipo recogidas por los agentes de la Inquisición eran entregadas de forma personal

a Ghislieri mediante dos sistemas.

La palabra y por el llamado Informi Rosso (Informe Rojo). Este sistema consistía en un pequeño pergamino que iba enrollado en una cinta roja con el escudo del Santo Oficio. Según las leyes vigentes, la rotura del sello era castigado con la muerte inmediata. En su interior los agentes de Ghislieri escribían todas aquellas informaciones en las que acusaban, en muchas ocasiones sin prueba alguna, a un ciudadano de Roma de violar normas de la Iglesia y susceptibles de ser estudiadas por un tribunal de la Inquisición. El Informi Rosso era depositado en un pequeño buzón de bronce para tal efecto en la sede romana del Santo Oficio. Los pequeños pergaminos eran entregados cada día a Miguel Ghislieri para ser analizados y archivados.

Durante años, el general de la Inquisición creó una de las mayores y más efectivas redes de espías y uno de los mejores archivos de datos personales de ciudadanos de toda Roma. Nada se movía o se decía en los callejones o plazas de la ciudad sin que Ghislieri lo supiese. Nada se movía o se decía en el interior del Vaticano sin que el general de la Inquisición lo supiese.

El 23 de mayo de 1555 y tras un breve pontificado de menos de un mes del papa Marcelo II, el cardenal Juan Pedro Caraffa sin la oposición del sector imperial ni francés, fue elegido papa en el Cónclave. El embajador de Venecia, Giacomo Navagero definía así al nuevo pontífice de setenta y nueve años, “Caraffa es un papa de un temperamento violento y fogoso. Es demasiado impetuoso en el manejo de los asuntos de la Iglesia y por supuesto el anciano pontífice no tolera que nadie le contradiga”.

Caraffa ya como papa Pablo IV, llegó a temer el poder inusitado de Ghislieri. En Roma el populacho llegó incluso a definir al general de la Inquisición como “el papa de las sombras” pero a pesar de todo el pontífice confirmó a Miguel Ghislieri la dignidad cardenalicia el 15 de marzo de 1557. Desde ese mismo momento Ghislieri el “Inquisidor” se hacía cada vez más peligroso y poderoso. Muchos miembros del colegio cardenalicio no iban a permitir que desde su puesto en la temible Inquisición dirigiese los destinos de la Iglesia católica.

Los agentes de Ghislieri y en nombre del Santo Oficio campaban a sus anchas imponiendo el terror por las calles de Roma. Los espías del cardenal conocidos como los “monjes negros” elegían una víctima y esperaban que éste estuviese caminando por alguna calle solitaria. En ese momento era asaltado e introducido en un carruaje cerrado herméticamente y trasladado a un complejo de la Inquisición. Un fraile que fue testigo relató la llegada de los secuestrados al palacio del Santo Oficio en Roma y publicado en la obra de Leonardo Gallois, Historia General de la Inquisición de 1869:

“Se dejaba a la víctima en un piso bajo del primer patio, al lado de la puerta principal. Allí comenzaba la víctima su iniciación en una pieza circular donde diez esqueletos pegados a la pared le anunciaban que a veces en aquella hostería se clavaba en vida a los huéspedes para dejarles esperar la muerte con calma. Después de aviso tan santo, encontraba en una galería contigua otros dos esqueletos humanos, no puestos en pie y como en actitud de recibir las visitas, sino tendidos a manera de mosaico o de estrado. En la misma

galería podía distinguir claramente a la derecha un horno manchado de varias huellas de grasa y consagrado a reemplazar en secreto las hogueras de las plazas públicas, caídas en desuso a causa de la picardía del siglo corrompido...”, “Pocos calabozos propiamente dichos se encuentran en este primer cuerpo de edificios, pero en cambio en el segundo piso a la derecha se encuentra la sala del Santo Tribunal escoltada por dos puertas. Una coronada por un cartel que indica stanza del primo padre compagno y la otra coronada por un cartel que indica stanza del secondo padre compagno. Así se llamaban los dos inquisidores encargados de la doble misión de ayudar a la Suprema en procurar a descubrir a los criminales y en convertir definitivamente al reo”.

Pero la situación cambiaría por completo para el cardenal Ghislieri cuando en la noche del 18 de agosto de 1559 el papa Pablo IV fallecía de manera repentina. Tras conocerse la noticia de su muerte se extendió la sedición en las calles de Roma, la caza y captura de los agentes de Ghislieri se convirtió en una de las principales aficiones de las masas. Muchos de los que habían servido fielmente a la Santa Inquisición eran asesinados por el populacho y sus cadáveres arrojados a las cloacas. Los disturbios no acabaron ahí. El pueblo de Roma asaltó el palacio que albergaba el Tribunal de la Inquisición y derribaron la estatua del pontífice fallecido. Incluso el pueblo de Roma abrió los calabozos y liberó a los allí recluidos.

El cardenal Ghislieri y algunos de sus hombres consiguieron poner a salvo una gran parte de los archivos secretos, que le acompañaron en ocho carruajes en su huida de Roma.

Durante cuatro meses, el cónclave permaneció dividido en tres poderosos sectores, el español, el francés y el de los partidarios del cardenal Carlo Caraffa formado por los purpurados nombrados por el papa Pablo IV. Por fin la situación volvió a la normalidad cuando el 25 de diciembre de 1559 el cardenal Juan Ángel Médicis, enemigo del anterior papa, se convirtió en el nuevo pontífice con el nombre de Pío IV.

El Papa era un hombre de carácter firme, hábil diplomático y que estaba dispuesto a limpiar la Iglesia católica de toda huella del anterior pontífice Pablo IV. Para esta labor, el pontífice se rodeó de dos fieles cardenales y a su vez sobrinos, Marcos Sittich de Altemps y Carlos Borromeo. El primero era un maestro con la espada y el arte de la guerra. El segundo era un maestro de la diplomacia.

Borromeo había sido nombrado arzobispo de Milán, legado papal en Bolonia y Romagna, responsable del gobierno de los Estados Pontificios y finalmente secretario privado del papa. Como primera medida se ordenó la detención y reclusión en el castillo de Sant Angelo de los cardenales Carlos y Alfonso Caraffa así como también de Juan Caraffa, duque de Paliano y otros caballeros del séquito ducal acusados del asesinato de la Duquesa de Paliano.

Como segunda medida el papa Pío IV por consejo de Carlos Borromeo, decidió rehabilitar al cardenal Morone y al obispo Fiescherati tras ser acusados de herejía por el Santo Oficio por orden del papa Pablo IV. Como tercera medida,

el papa ordenó el “destierro” del hasta entonces general de la Inquisición, el cardenal Miguel Ghislieri y la disolución de los “monjes negros”. Su Eminencia que se había refugiado en un solitario monasterio retomó entonces su labor pastoral en su antiguo obispado lo que hizo que fuese visto con buenos ojos cuando el Cónclave volvió a reunirse tras la muerte del papa Pío IV el 9 de diciembre de 1565. Curiosamente y tras tres semanas de Cónclave, el cardenal Carlo Borromeo, hombre de confianza del papa fallecido, decidió defender la candidatura del cardenal Ghislieri quien contaba con el apoyo del rey Felipe II. Desde hacía años Ghislieri recibía de la Corona de España la subvención de 800 ducados.

El 7 de enero de 1566, el cardenal Ghislieri era elegido papa, adoptando el nombre de Pío V. El entonces embajador de España dijo entonces, “Pío V es el papa que requieren los tiempos”. Felipe II aprobaba también la llegada de un aliado al Trono de Pedro. Su nombramiento suponía la victoria de todos aquellos que deseaban un pontífice austero y piadoso pero a su vez capaz de luchar y actuar con suma energía contra la reforma protestante. Lo que si era cierto era que el papa Pío V iba a utilizar su amplia experiencia a cargo de la Inquisición para crear un servicio de espionaje efectivo, implacable y de obediencia ciega a las ordenes supremas del pontífice.

Las primeras funciones de los agentes de la Santa Alianza, nombre dado por el propio papa a su servicio secreto en honor de la alianza secreta entre el Vaticano y la reina católica María Estuardo, no era otra que la de recabar información de posibles movimientos políticos e intrigas dirigidas desde la corte de Londres. Los informes que estos recababan eran enviados a aquellos poderosos monarcas que apoyaban el catolicismo y el poder pontificio ante el cada vez más extendido protestantismo. El principal cometido de los espías del papa era prestar sus servicios a la reina María Estuardo con el fin de intentar restaurar el catolicismo en Escocia, la cual se había declarado presbiteriana en el año de 1560 y luchar contra el protestantismo. Pío V entendía que su principal enemigo era la Iglesia cismática de Inglaterra, representada por la reina Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena.

El rey Enrique VIII había roto con la Iglesia católica en el año 1532 cuando envió al papa Clemente VII (19 noviembre 1523 - 25 septiembre 1534) un permiso para poder divorciarse de la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos y tía del emperador Carlos I de España y V de Alemania y casarse con su amante Ana Bolena. El pontífice estudió la carta enviada por el monarca de Inglaterra, un viejo pergamino de sesenta por noventa centímetros y con la firma como aval de setenta y cinco altas personalidades del reino. Del documento pendían setenta y cinco cintas de seda roja con setenta y cinco sellos de lacre.

En el escrito Enrique VIII expresaba su deseo de contraer matrimonio con su amante y pedía el permiso papal para divorciarse de su actual esposa, la reina Catalina de Aragón. La petición fue denegada por Clemente VII provocando la ira y el rechazo de Enrique VIII a la iglesia católica. El rey de Inglaterra decidió contraer matrimonio con Ana Bolena el 25 de enero de 1533 y anuló su

matrimonio con Catalina el 25 de mayo del mismo año, a pesar del rechazo de Roma.

El cisma definitivo se provocó el 15 de enero de 1535 bajo el pontificado de Pablo III cuando para darle una base jurídica a su nueva supremacía eclesiástica Enrique VIII había convocado a los sabios de todas las universidades del país y al clero para que declarasen públicamente que el Papa romano no tenía ningún derecho divino o autoridad alguna sobre Inglaterra. Las bases reales de la nueva iglesia eran las de una iglesia católico-anglicana bajo la autoridad de la corona.

El 28 de enero de 1547 el rey Enrique VIII moría dejando sucesor al trono de Inglaterra a su hijo de diez años, Eduardo VI. El pequeño rey quedaba bajo la protección de su tío Edward Seymour pero la salud del niño monarca iba cada vez de mal en peor hasta que el 6 de julio de 1553 a la edad de dieciséis años expiró. Para el papa Julio III se abría una nueva oportunidad de hacer volver al redil de Roma a la Iglesia de Inglaterra. De todos era conocido el catolicismo ortodoxo practicado por la que sería llamada a ocupar el trono de Inglaterra, María Tudor, hija de la también católica Catalina de Aragón.

La nueva reina prohibió quince días después de entrar en Londres, que las exequias de su hermano y rey fallecido, Eduardo VI, se celebrase en la abadía de Westminster según el rito protestante. El cambio religioso en todo el país estaba ya a la vista.

Los cinco años de reinado de María Tudor hasta su muerte acaecida el 17 de noviembre de 1558 fueron bastante intensos. Guerras, ejecuciones, rebeliones internas, golpes de Estado y conflictos religiosos sembraron el reino. La misma noche de la muerte de la reina María, su hermana Isabel, hija de Enrique VIII y Ana Bolena fue proclamada reina de Inglaterra.

Gran parte de la población recibió con júbilo la llegada de la nueva reina en parte por el mal recuerdo dejado por María Tudor a quien popularmente bautizaron como “María la Sanguinaria” (Bloody Mary). Desde su llegada al trono, María había estado decidida con el apoyo del papa Pablo IV y el rechazo del embajador de España, a implantar a sangre y fuego el catolicismo pero para ello debía cortar antes las cabezas de los que habían defendido la Reforma.

Muchos de los obispos protestantes a los que María Tudor definía como “malos pastores que habían llevado a sus ovejas a la perdición”, serían los primeros en ser quemados en la hoguera por delito de herejía. El ex obispo de Londres, Ridley, el mismo que poco tiempo atrás había proclamado reina de Inglaterra a Jane Grey y bastarda a María Tudor fue quemado vivo el 16 de octubre de 1555 en una plaza de la ciudad de Oxford. A la hoguera también le acompañaría el ex obispo de Worcester, Latimer. Otra de las ejecuciones ordenadas por la reina y que causaría sorpresa incluso en Roma y en el Parlamento de Inglaterra sería el ajusticiamiento el 21 de marzo de 1556 de Thomas Cranmer, el ex obispo de Canterbury y que en el pasado pronunciara la anulación de la boda del rey Enrique VIII con Catalina de Aragón y consumara la ruptura definitiva con el poder papal de Roma.

Durante esta etapa, Isabel había sabido adaptarse a la nueva religión imperante llegando incluso a asistir a misa junto a su hermana para evitar cualquier conflicto que permitiera a la reina ordenar o bien su ejecución pública o su asesinato.

El 15 de enero de 1559 Isabel I fue coronada como reina de Inglaterra y el 8 de mayo, inauguraba la sesión del Parlamento en donde pedía la aprobación de las leyes que permitían el restablecimiento del protestantismo en todo el país y sus dominios. Roma y su Iglesia católica dirigida por un anciano de ochenta y tres años, el papa Pablo IV, no tenían ya fuerza para presionar ante el cambio religioso que se avecinaba nuevamente en Inglaterra.

De lo que si estaba seguro el pontífice era que la única baza para mantener un islote católico en la protestante Inglaterra era apoyar a la reina de Escocia María Estuardo. Realmente la reina María se convertiría en los años siguientes en tan sólo un títere de las conspiraciones desatadas entre el papa Pablo IV y sus sucesores, el poderoso y monacal rey Felipe II de España, el caprichoso rey Carlos IX de Francia, el insignificante e inculto Fernando de Austria y el que sería heredero de la corona escocesa y traidor a su propia madre, el príncipe Jacobo.

El círculo comenzó a cerrarse para María Estuardo cuando los dos hombres más cercanos a ella se convirtieron en espías de poderosas potencias con importantes intereses en Escocia. El 29 de julio de 1565 contrajo matrimonio con el católico Enrique Darnley en Edimburgo. El nuevo rey consorte de Escocia era un hombre alto, fuerte y rubio que atraía a las mujeres pero también de escasa cultura. Darnley, el nuevo monarca de Escocia y quien compartía el lecho con la reina María Estuardo era una marioneta en manos de Sir Francis Walsingham, el jefe de los espías de Isabel y en las de los nobles escoceses. En síntesis, Darnley era un cobarde.

Por otra parte María Estuardo hacía amistad a finales de 1565 con un joven piamontés de piel oscura llamado David Rizzio, que forma parte del séquito del embajador de Saboya, el marqués de Moreta en su visita a Escocia. Tiene veintiocho años, ojos redondos y verdes, lo que llama la atención de una reina aficionada a la belleza de los hombres. Rizzio domina las artes de la música y la poesía, el laúd y los versos, pero también es sacerdote y uno de los espías más activos de la recién creada Santa Alianza, el servicio secreto pontificio bajo las ordenes del papa Pío V.

María Estuardo pide al embajador de Saboya que antes de marchar de Edimburgo le ceda para su divertimento privado al joven Rizzio. Poco a poco el piamontés va ascendiendo en el séquito, de simple cantante pasa en pocos días a convertirse en “ayuda de cámara” de la reina y a cobrar setenta y cinco libras anuales. Rizzio gracias a su puesto cercano a María Estuardo tiene acceso directo a sus documentos más secretos.

La reina encuentra en el italiano lo que no encuentra en su esposo, Enrique Darnley. Rizzio tiene las ideas muy claras, tiene cultura artística; domina el latín; el francés y el italiano lo habla con fluidez y el inglés con soltura. A

pesar de contar con el apoyo de la reina, el espía sigue comiendo en la mesa de los criados, pero la oportunidad de cambiar esta situación se le presenta cuando la reina cesa a su secretario privado. Raulet, hasta entonces el hombre de mayor confianza de María Estuardo, fue despedido por la reina cuando descubrió que éste hacía oídos sordos a las continuas denuncias de varios nobles escoceses sobre los “sobornos” ingleses.

Walsingham, el jefe del espionaje isabelino, dedicaba una gran parte de los fondos de la Corona a sobornos con los que poder captar agentes infiltrados en la corte escocesa. Ahora el despacho de Raulet era ocupado por David Rizzio y a pesar de ser un fiel defensor de la contrarreforma e informar obedientemente de cualquier movimiento inglés o escocés al papa Pío V, se dedica en cuerpo y alma a servir a la reina María.

Poco a poco el espía de la Santa Alianza va acaparando mayor poder y Darnley lo sabe. El esposo de la reina sabe que si quiere quitarse de en medio a Rizzio deberá antes consultarlo con Walsingham y este a su vez con Isabel. Sólo así sabe que podrá estar cubierto en caso de que el asesinato del piemontés sea descubierto por la reina, su esposa.

Rizzio y su hermano, José, a quien se ha traído desde Italia para que le acompañe, ha entrado a formar parte del círculo de espías de la Santa Alianza en Escocia. Su misión por orden del papa es recabar información sobre John Knox, un alumno de Calvino y que supera a éste en ortodoxia e integrista. Para Pío V, Knox puede ser el único obstáculo para evitar que Escocia vuelva bajo el manto protector de la Iglesia católica de Roma. John Knox según los informes del espionaje papal, era un antiguo sacerdote católico sin importancia que había decidido sumergirse en la Reforma. Para este integrista, Calvino y George Wishart, habían sido sus maestros, sus luces espirituales, hasta que la reina regente de Escocia decidió quemar a Wishart en la hoguera. Aquel acto engendró en Knox el integrismo que practicaba ahora pero también provocó un profundo y visceral odio hacia la casa Estuardo.

John Knox se convirtió a la muerte de su maestro en el líder de la llamada “Sublevación contra la Regente”. Las tropas francesas que desembarcaron en Escocia para ayudar a María de Guisa capturaron a Knox y lo enviaron a galeras.

Tras ser puesto en libertad se refugió en tierras calvinistas en donde aprende a usar la palabra, el odio implacable a todo lo luminoso y apenas regresa a Escocia, consigue arrastrar a los lores y al pueblo hacia las aguas profundas de la Reforma. José, el hermano de David Rizzio, informa al papa de los movimientos de Knox y escribe en un documento; “Cada domingo desde el púlpito de Saint Gilles y convertido en un profeta escocés trueno odios y maldiciones contra los que no escuchen su prédica. Celebra de forma infantil cualquier derrota sobre un católico o de otro adversario de diferente religión. Cuando un enemigo ha sido asesinado, Knox habla de la mano de Dios. Cada domingo al terminar su discurso alaba a Dios y le pide que acabe pronto con el reinado de los usurpadores Estuardos así como con la reina que ocupa un trono que no debe”.

Es David Rizzio quien informa al papa Pío V sobre el encuentro entre John Knox y la reina María Estuardo:

“El encuentro sucedió en Edimburgo entre la católica creyente Reina de Escocia y el fanático protestante John Knox. El predicador se vuelve descortés y acusa a la Iglesia católica romana de la puta que no puede ser la esposa de Dios. Estas palabras ofenden a la reina Maria”. La Santa Alianza informa a los hermanos Rizzio que aumenten sus medidas de seguridad, al parecer se han hecho demasiados enemigos en muy poco tiempo y el espionaje del Papa no quiere perder a dos preciados espías como ellos. Dos de los principales enemigos de los italianos y de la Contrarreforma en Escocia serían los propios cancilleres de la reina, Moray, el hermanastro bastardo de la soberana y William Maitland, ambos de religión protestante.

Randolph, el embajador inglés ante la corte de Edimburgo, es uno de los mejores espías de Walshingham pero no tiene tanta proximidad con la reina como Rizzio y lo sabe.

Pronto los espías de la Santa Alianza descubren por medio de un traidor que la reina Isabel I de Inglaterra ha estado sobornando al canciller Moray y a varios lores para promover la rebelión en Escocia contra María. El papa sólo puede avisar al monarca español Felipe II, quién informa a través de su embajador en la corte inglesa que si esto sucediese tal vez se vería obligado a tener que ayudar a la reina católica. El embajador a pesar de conocerla no ha hecho ninguna referencia a la carta enviada por el papa Pío V a la reina Maria Estuardo el 10 de enero de 1566: “Muy querida hija: Hemos sabido con gran alegría que vos y vuestro marido habéis dado una brillante prueba de vuestro celo al restaurar en vuestro reino el verdadero culto de Dios”.

Pero la cada vez más estrecha relación entre Maria Estuardo y su secretario David Rizzio comienza a ser incómoda para muchos de los poderosos que rodeaban a la reina de Escocia.

Su matrimonio con Enrique Darnley iba cada vez peor. Su luna de miel apenas había durado unos días. La propia reina María había acusado a su esposo de ser incompatible con ella. Darnley por su parte no sólo se sentía rechazado por su esposa como pareja, sino también como rey. El esposo de Maria Estuardo se sentía decepcionado por no haber sido proclamado Rey de Escocia con pleno derecho, sino solamente a título honorífico.

Felipe II había enviado una carta a su embajador Guzmán de Silva indicándole que “debía hacer saber a la reina de Escocia que debía actuar con moderación (hacia Rizzio) y evitar todo lo que pudiese irritar a la reina de Inglaterra”. El texto de la carta cayó en manos de Isabel I gracias a un infiltrado en la casa del embajador español y fiel a Randolph el embajador inglés. Realmente Felipe II no conocía el temperamento de Maria Estuardo el cual pondría en un serio aprieto al espía del papa. Durante un encuentro de cama entre el propio Rizzio con María de Escocia, el italiano le hizo saber que había descubierto que los ingleses habían estado pagando a los rebeldes en Escocia.

El embajador inglés por su parte no sabía que había sido David Rizzio y su hermano quienes habían descubierto a principios de febrero de 1566 que a través del embajador Randolph se había financiado la evasión a Inglaterra de los rebeldes escoceses que se habían intentando sublevar contra la reina el año anterior. Con el informe redactado por Rizzio, el día 20 de febrero del mismo año, la reina María Estuardo convocó al embajador inglés ante su presencia.

María Estuardo tiene, gracias a los espías italianos, un abultado informe sobre el apoyo y el papel jugado por el diplomático inglés en los disturbios escoceses sucedidos el año anterior. Expulsar a un embajador no es hoy una tarea fácil pero mucho menos lo era en el siglo XVI, no si querías evitar las consecuencias de ellos y María Estuardo está claro que no las calculó. Al día siguiente de la expulsión María, envía a Isabel I una carta exculpándola de todo, a pesar de saber que si el embajador Randolph era la mano ejecutora, Isabel era el cerebro de la operación. Incluso los casi tres mil escudos utilizados por los hombres de Walshingham para sobornar a los que ayudaron en su huida a los rebeldes escoceses salieron de las arcas privadas de la Reina inglesa pero la reina de Escocia tiene siempre presentes las palabras del monarca español en lo que respecta a no hacer nada que pueda alterar a Isabel.

María Estuardo escribe a Isabel I el 21 de febrero de 1566: “Señora, mi buena hermana: De acuerdo con la sinceridad que siempre he usado con vos he creído deber escribir estas palabras por las cuales seréis informada de las malas costumbres de vuestro ministro aquí, Randolph. He sido seguramente advertida (por Rizzio y la Santa Alianza) de que, en lo más fuerte de los disturbios que mis rebeldes suscitaron, el dicho Randolph los socorrió con la suma de tres mil escudos para sobornar a personas y fortalecerse contra mí, lo que dio ocasión a que yo, sin conservar la espina en el pie, llamara en el acto a comparecer ante mí a Randolph y a mi Consejo y le hiciera mantener el informe (confirmar la acusación) por el mismo a quien él entregó el dinero. Como me atrevo a esperar que, habiendo sido enviado por vos a prestar buenos oficios y habiéndose dedicado a lo contrario, lo estimaréis indigno de escudarse en vuestro mandato, no he querido sin embargo utilizar más acritud hacia él que enviároslo con mis cartas que os transmitirán más ampliamente mi acusación”. El 1 de marzo de 1566, el embajador Randolph junto a su séquito abandonaba Escocia, pero antes de partir ha dejado casi preparado el golpe contra los espías del papa Pío V. Uno de los mayores aliados para la venganza será el mismo esposo de la reina, Enrique Darnley.

En su viaje de regreso a Londres el embajador Randolph se detiene en la ciudad de Bestwick a la espera de órdenes de su soberana. Desde ahí envía una carta a la reina Isabel I: “...graves acontecimientos se preparan en Escocia. Lord Darnley (esposo de María Estuardo) está furioso contra la reina pues ella le niega la corona matrimonial y él tiene conocimiento de un comportamiento (su relación con David Rizzio) de la reina imposible de tolerar... Él (Darnley) ha decidido deshacerse del causante de este escándalo (el agente de la Santa Alianza). Ello deberá llevarse a cabo antes de la sesión del Parlamento”.

A Darnley ya no se le invita a las sesiones especiales del Consejo de Estado, se le niega el uso de los escudos reales de Escocia y ha sido degradado a simple príncipe consorte. Pero el desprecio al esposo de María Estuardo ya no abarca a la propia reina, sino también a los cortesanos más próximos. David Rizzio como secretario privado de la reina ya no le enseña los documentos oficiales y sella con el llamado Iron Stamp, la firma real sin consultarle. El embajador inglés ya no le trata con la dignidad de Majestad y las monedas con las caras y la leyenda de “Henricus et Maria” han sido retiradas de circulación y sustituidas por otras que muestran la nueva leyenda de “Maria Regina Scotiae”. A todo esto se suma los rumores sobre la relación de María con su secretario, el espía David Rizzio convertido ya en maître de plaisir o “maestro del placer” de la reina.

Gracias a su habilidad en hacer disfrutar a María Estuardo, el agente de la Santa Alianza muestra ademanes principescos y ejerce con arrogancia el máximo cargo del Estado cuando hace tan sólo unos meses y vestido con ropas gastadas, comía con la servidumbre y dormía en los altos de los establos. Los rumores sobre la relación de la reina con el espía del Papa son cada vez más insistentes. Los nobles, muchos de ellos protestantes, saben que Rizzio es tan sólo una pequeña pieza del papa Pío V para convertir a Escocia en una nación católica dentro del gran plan de la Contrarreforma llevada a cabo por Roma. Al parecer María Estuardo se ha comprometido con Pío V a convertir Escocia en el primer país en abandonar la Reforma y volver a la gran unión católica.

El pontífice ha dado ordenes a sus agentes para que protejan a María Estuardo de cualquier peligro que pueda impedir este importante paso.

Los nobles escoceses ven como responsable en la sombra de esta unión a David Rizzio. El embajador Randolph ya se lo comunica a su soberana cuando le dice en la carta enviada desde Bestwick, “O Dios le depara a él (David Rizzio) un rápido final o a ellos (los nobles escoceses protestantes) una vida insoportable”.

A pesar del odio que deparan al espía italiano, los nobles no desean enfrentarse con la reina María. Conocen la dureza con la que reprimió la última rebelión y mucho menos quieren acompañar a Moray en la suerte del destierro inglés.

Los nobles saben que si consiguen el apoyo de Enrique Darnley, el todavía esposo de María Estuardo, el asesinato de Rizzio pasará de ser un simple crimen por celos y por lo tanto un acto de rebelión contra la Reina en un acto patriótico en defensa de la verdadera fe (la protestante).

Los conspiradores usarán algo tan sencillo como los celos que Enrique Darnley tiene al italiano para acercarlo a su causa. Lo que no saben es que Rizzio por orden del Papa ha impedido que María Estuardo conceda a Darnley el derecho de regencia (matrimonial crown). Pío V quiere impedir a toda costa que si algo sucede a la reina, el regente (Darnley) pueda volverse atrás en el deseo de convertir a Escocia en una nación católica. Pero nada de esto disgusta tanto a Darnley como el hecho de que su esposa, María Estuardo, no permita

que la toque mientras que si autoriza al espía de la Santa Alianza a pasar largas veladas encerrados en el dormitorio de la reina.

María Estuardo está ya embarazada de quien años más tarde sería el rey Jacobo VI de Escocia y I de Inglaterra. Los conspiradores tienen por primera vez en la historia de Escocia, el permiso de un rey para rebelarse contra su soberana. Los nobles conspiradores prometen quitar el poder de manos de Maria Estuardo y entregárselo a Darnley como nuevo rey de Escocia. Darnley por su parte promete concederles el indulto y les premiará con nuevas propiedades una vez que asuma la corona de Escocia. Los espías de Walsingham informan que “la reina (Maria Estuardo) esta arrepentida de su matrimonio con Enrique Darnley. Se habla de entregar la corona de Escocia a él (Darnley) quiera o no la reina. Sé que si estás llegan a buen termino en los próximos días le habrán cortado el cuello a Rizzio con el consentimiento del rey”.

Darnley ni siquiera desea la muerte del espía del Papa, por cuestiones políticas, sino por simples celos del hombre que le ha arrebatado la confianza de su esposa y el sello real. Moray prepara su regreso a Escocia una vez que se haya dado el golpe y el fanático John Knox ha escrito ya su sermón alabando la muerte o mejor dicho ejecución de un miserable católico.

Es 9 de marzo de 1566, por la tarde en el castillo de Holyrood. David Rizzio ha recibido esa misma mañana una advertencia de uno de sus espías, pero no hace caso. Sabe que si pasa todo el día al lado de la soberana nada puede importarle. Nadie se atrevería a levantar su arma o su mano contra él en presencia de la reina María, pero se equivoca.

La tarde pasa rápido. Maria Estuardo lee en su dormitorio situado en el cuarto piso de la torre. Enrique Darnley invita a Rizzio a jugar a las cartas. Realmente el italiano no sospecha nada. A la mesa situada en el dormitorio real se sientan varios nobles, la hermanastra de la reina y frente a ella, el secretario Rizzio vestido con una casaca damasquinada. La conversación es agradable y una música inunda el pequeño salón. Por una pequeña puerta del fondo, situada tras una cortina se abre para dar paso a Darnley que se sienta al lado de su esposa. La puerta ha quedado abierta a proposito sin el cerrojo. Segundos después, la cortina se abre bruscamente y en la sala aparecen con espada y cuchillo en mano los conspiradores. El primero en entrar con la espada desenvainada y ser reconocido por la reina es Lord Patrick Ruthven.

La reina se levanta derribando la silla en la que estaba sentada y recrimina a Ruthven su entrada con la espada fuera de su funda ante ella. El noble escocés le informa que nada tiene contra ella y que su irrupción sólo afecta al espía italiano. Rizzio se ha levantado de la mesa pero ni siquiera va armado. Sólo la reina puede protegerle. Darnley se echa hacia atrás como para alejarse de la pelea que se avecina. Maria Estuardo se interpone ante Ruthven que busca con la mirada a Rizzio y le increpa para que deponga su arma. El escocés sólo le responde, “preguntad a vuestro esposo”.

La reina dirige entonces su mirada a su esposo que está escondido tras una cortina y quien sólo consigue responder entre balbuceos, “no sé nada de este asunto”.

Ahora a Ruthven se unen nuevos nobles conjurados con espada en mano que ascienden por la estrecha escalera de caracol que sube hasta el salón de la reina. Rizzio intenta escapar pero es retenido por el brazo. María Estuardo continúa intentando dialogar con los rebeldes, pero estos no atienden a razones. Lo hecho, hecho está. Saben que ya no hay vuelta atrás y que con ello se juegan la cabeza.

Los sublevados gritan a la reina que Rizzio es un espía del papa y que debe morir por ello. María Estuardo responde que si algo debe reclamarse a David Rizzio debe ser a través del Parlamento. Ruthven sujeta por los brazos al italiano mientras otro de los conjurados le coloca una soga alrededor. Arrastrado se aferra al vestido de su reina que se desgarrar por la presión de sus aterrorizados dedos.

María sigue luchando hasta que uno de los rebeldes le apunta con una pistola. Un manotazo dado por Ruthven hace que el disparo se eleve sobre la cabeza de la reina y se empotre en el muro. Darnley sujeta a la reina que se ha desplomado en el suelo. El cuerpo de Rizzio es arrastrado por las pequeñas escaleras golpeándose la cabeza contra los escalones.

Una vez fuera del dormitorio real, los conjurados se arrojan sobre el espía de la Santa Alianza. Una primera cuchillada le entra por el costado izquierdo, la segunda estocada le atraviesa la mano derecha cuando intenta cubrirse el rostro y se le clava en el cuello. Sangrando se levanta pesadamente cuando una cuchillada le corta la yugular. Un grito ahogado por la sangre intenta salir por la boca del espía. Ruthven lanza una certera estocada que le atraviesa el corazón. Rizzio está muerto.

María Estuardo sujeta por su esposo no para de gritar contra los conjurados pero también contra el traidor de su esposo. Darnley le reprocha al oído el que le haya apartado de su lecho a cambio de David Rizzio, mientras Ruthven ha entrado en la sala con la espada aún chorreando sangre del italiano. Con voz baja y profunda y dirigiéndose al noble escocés y a su traidor esposo, María Estuardo les repite una y otra vez que han firmado su sentencia de muerte. Su venganza será terrible.

Los gritos y el ruido de las espadas al chocar ha hecho que James Bothwell al mando de la Guardia de Corps de la reina intenten entrar en la habitación, pero la encuentran cerrada. Tras dar un pequeño giro Bothwell y Huntley, su segundo han saltado por la ventana con la espada en mano. Enrique Darnley les tranquiliza diciendo que tan sólo han matado a un espía del papa Pío V quien deseaba facilitar el desembarco de tropas españolas en Escocia. De un solo golpe María Estuardo ha sido apartada de la Corona de Escocia y se ha cortado la línea directa entre la reina y el papa con el asesinato de Rizzio.

El 19 de junio de 1566 nace Jacobo, el heredero de la corona de Escocia. Si María ha dado a luz en el mes de junio quiere decir que debía haber sido engendrado en el mes de septiembre de 1565. Durante aquel mes se sucedió la rebelión de Escocia y María Estuardo había expulsado desde hacía semanas de su lecho a Enrique Darnley con quien había contraído matrimonio en julio de ese mismo año. David Rizzio apareció en la corte escocesa a mediados del mes de septiembre por lo que podría ser probable que Jacobo VI fuese realmente hijo del espía de la Santa Alianza. María Estuardo muy inteligentemente perdona a Darnley lo que hace que recupere la corona y la libertad y permite el regreso de Moray a Edimburgo pero la Santa Alianza no está dispuesta a permitir el asesinato de uno de sus miembros sin vengarlo.

El Papa ha dado orden expresa a sus agentes de averiguar quien había sido el conspirador que dirigió el asesinato de Rizzio y Enrique Darnley aparecía en el puesto número uno en la lista de sospechosos.

Existen varias versiones sobre quien fue el que realmente ordenó ejecutar la venganza contra los asesinos de David Rizzio, pero fuera quien fuera no sabía que esto sería un paso más hacia la caída de María Estuardo como reina de Escocia.

Isabel I de Inglaterra debía presentar ante el Parlamento la ley de sucesión. En esta debía decidirse el nombre de la persona que sucedería a la reina una vez que la soberana hubiese muerto. María Estuardo creía que ese derecho debía recaer en ella pero para ello no debía cometer ningún error que pusiese en peligro esa decisión. Cada vez más los ciudadanos de ambas naciones veían a Jacobo como el príncipe de Escocia e Inglaterra algo que disgustaba a Isabel pero María piensa en como romper el círculo de enemigos que la rodean y vengar la muerte de su fiel servidor Rizzio.

Enrique Darnley, su traidor esposo sabe que no puede poner en peligro al niño que lleva María Estuardo en sus entrañas, al fin y al cabo ese niño será el futuro rey de Escocia y si la suerte le acompaña el futuro rey de Inglaterra. Para ello acaba con el encierro de la Reina y permite que sea asistida por un médico y dos ayudantes. María utiliza a una de las enfermeras para poder comunicarse con sus dos hombres de confianza Bothwell y Huntly. La idea es que estos preparen su huida de Escocia. El círculo de conspiradores se vuelve cada vez más débil cuando María Estuardo consigue acercar a su causa al mismísimo Darnley.

Cuarenta y ocho horas después del asesinato todo está olvidado. El espía de la Santa Alianza ha sido enterrado en algún lugar secreto y la reina María ha sido obligada a firmar en un documento el perdón de los conspiradores. Ahora, es el momento de comenzar a diseñar la venganza.

Los cuatro primeros objetivos serán Ruthven, el noble que agarró por los brazos a Rizzio; Fawdonshide, el que apuntó y disparó con su pistola a la reina; el tercero será John Knox, el radical predicador que llamó bastarda a la reina de Escocia y el cuarto Moray. Los cuatro saben que para ellos nunca habrá un perdón real y al mismo tiempo reconocen que los nobles no moverán

un solo dedo en su ayuda ya que saben que el hijo que lleva María en sus entrañas será el futuro monarca de un reino formado por Escocia e Inglaterra. El papa Pío V no está dispuesto a permitir el asesinato de uno de sus agentes por cuatro protestantes, por lo menos no sin que este fuese vengado, en ello va la suprema autoridad del pontífice. El antiguo jefe de la Inquisición ordena llamar entonces a su presencia al sacerdote Lamberto Macchi.

Este joven veronés, hijo de una familia noble, había tomado los hábitos cuando contaba tan sólo catorce años en los Jesuitas, la orden religiosa fundada hacía veintiséis años por Ignacio de Loyola. La orden realmente había sido creada en 1540 como una fuerza de acción rápida, como una orden de soldados dispuestos a morir por la fe y por el Papa haciendo honor a las cuatro palabras en latín que conformaba su lema, Ad Majorem Dei Gloriam (A la Mayor Gloria de Dios).

Ignacio de Loyola había fundado la orden bajo tres signos claros, la primera sería la de estar siempre dispuestos a responder a la llamada del Papa, en cualquier momento o en cualquier lugar. Los Jesuitas serían desde entonces los llamados “Hombres del Papa”. La segunda sería la de ser soldados del Papa. Sus miembros debían prepararse para ser hombres devotos pero también para ser soldados de Dios. Los jesuitas eran ahorcados en las plazas de Londres, arrancadas las entrañas en Etiopía, devorados vivos por los iroquíes en el Canadá, envenenados en Alemania, flagelados hasta morir en Tierra Santa, crucificados en Siam, dejados morir de hambre en Sudamérica, decapitados en Japón o ahogados en Madagascar pero el espíritu de aventura en el nombre de Dios es lo que hizo que el joven noble Lamberto Macchi se uniese a las huestes Jesuitas.

Para Ignacio de Loyola era muy importante alcanzar la polivalencia entre sus miembros siempre al servicio del pontífice. El Papa y el fundador de la orden, necesitaban intelectuales, necesitaban químicos, biólogos, zoólogos, lingüistas, exploradores, profesores, diplomáticos, confesores, filósofos, teólogos, matemáticos, artistas, escritores o arquitectos pero también comandantes, agentes de inteligencia, espías y correos especiales y para esto último, Macchi era un experto. Educado como hijo de un rico comerciante, Macchi había aprendido el arte de la espada mientras estudiaba filosofía, aprendió el uso de explosivos mientras estudiaba teología, aprendió el arte del asesinato mientras estudiaba otras lenguas.

El papa ordenó al jesuita Lamberto Macchi que viajase hasta la corte de Escocia con el fin de investigar y descubrir a los asesinos de Rizzio. Acompañado por otros tres jesuitas Macchi sabía cual sería su objetivo una vez que tuviese la lista de los asesinos del espía de la Santa Alianza. Para él, el acabar con la vida de cuatro protestantes era más una cuestión religiosa que personal, al fin y al cabo la orden venía del propio papa. En su equipaje portaba un Informi Rosso y que le daba carta abierta en cualquiera de sus acciones en el nombre de la fe. El nombre de este documento procedía de la época en la que el Papa era el general de la Inquisición en Roma.

El contacto de Macchi en la corte de Escocia no era otro que el propio conde Bothwell, el jefe de la guardia pretoriana de la reina María y que ahora realiza las funciones de consejero entre consejeros y una especie de regente del reino, algo que a los británicos en general y a la reina Isabel I de Inglaterra en particular, disgustaba enormemente. Algunos nobles dentro del reino comienzan a quejarse de que Bothwell tiene mucha más arrogancia que el italiano David Rizzio, pero lo diferencia es que éste conoce quienes son sus enemigos posibles, uno de ellos el propio esposo de la reina, Enrique Darnley. Moray es ahora su aliado lo que le enfrenta abiertamente con Darnley que ha comenzado a mandar cartas acusatorias a la reina Isabel en la que proclama que su esposa, María Estuardo, es una reina poco segura en lo que respecta a la fe y que ofrece Escocia a Felipe II como verdadero protector del catolicismo.

A finales de septiembre Darnley ha tomado la seria decisión de abandonar Escocia, al negársele la condición de rey. Para María Estuardo esta situación la pone en un serio compromiso. Enrique Darnley no puede abandonar Escocia nada más ser bautizado el heredero en el castillo de Stirling y más tras los continuos rumores sobre la verdadera paternidad del príncipe Jacobo. El todavía esposo de la reina no tiene aún decidido bajo que manto de protección se refugiará, si bajo el de Isabel I de Inglaterra o el de Catalina de Médici en Francia. Como contragolpe María Estuardo ha enviado una carta diplomática a Catalina en la que acusa a su esposo de posible traición.

Mientras esto sucede, el agente de la Santa Alianza Lamberto Macchi y sus tres acompañantes se han refugiado en una casa en Edimburgo bajo la protección de los hombres de Bothwell a la espera de poder actuar. Poco antes de finalizar el año de 1566 María Estuardo aconsejada por Moray y Bothwell firma el perdón para los conjurados que asesinaron a Rizzio, pero Macchi no está dispuesto a hacerlo. El jesuita tiene una orden expresa del papa y debe cumplirla sin discusión ni duda. Para Lamberto Macchi una orden pontificia es un dogma de fe.

Moray está también en su punto de mira como uno de los instigadores y Darnley sabe que a pesar de la publicidad que se ha dado en la corte al perdón real, él será la primera presa de los vengadores por lo que decide huir y refugiarse en el castillo de su padre en Glasgow. Los asesinos de la Santa Alianza tienen muy claro que los muertos no gustan de dormir solos en las profundidades, reclaman siempre junto a ellos a quienes los empujaron a ellas.

Bothwell sólo tendrá que poner al alcance de los enviados del papa a los conjurados y serán ellos quienes los ejecuten, pero también sabe que sólo él, será el responsable de los crímenes ante Dios, ante su reina y ante el pueblo de Escocia, un riesgo y una carga que está dispuesto a asumir.

El 22 de enero de 1567, Enrique Darnley cae gravemente enfermo de sífilis pero se mantiene escondido en Glasgow bajo la protección de su padre, el conde de Lennox. Aún convaleciente María Estuardo va a buscar a su esposo para que regrese a Edimburgo dándole escolta personal. Aún así Darnley sabe

que en cualquier momento puede ser atacado por los seguidores de Bothwell, los enviados del papa, o por sus antiguos compañeros de conjura que están en Escocia tras recibir el perdón real y a los que él ha dejado en la estacada. Realmente Darnley no sabe que su camino a Edimburgo es también su camino de encuentro con la muerte ya que nunca más saldrá vivo de la capital escocesa.

Los vengadores de la Santa Alianza deben acabar con el esposo de María Estuardo si quieren cortar de un solo tajo con todos los que participaron en la conjura contra David Rizzio. El escenario elegido para el golpe no es otro que la propia casa de Darnley, una residencia de típica construcción de la época isabelina apartada en el barrio de Kirk O'Field a la que se llega a través de un estrecho y oscuro camino conocido como el "sendero de los bandidos".

Desde su regreso a Edimburgo, Bothwell, principal informador del jesuita Macchi ha conseguido que la reina envíe a su esposo a vivir a una residencia alejada de cualquier núcleo urbano a pesar de las protestas de este. El interior de la casa está decorada con una hermosa galería, chimeneas ornamentadas, exquisitos tapices, elegantes cuberterías de plata con el escudo real de Escocia, alfombras persas y una comfortable cama que María de Guisa trajo consigo desde Francia. Lamberto Macchi y los suyos no podrán acercarse demasiado a Darnley por lo que el golpe deberá realizarse mediante explosivos. El día elegido para el primer acto de la venganza será la noche del domingo 9 al lunes 10 de febrero de 1567.

Aquella noche la reina Maria Estuardo da un gran baile y banquete en honor de dos de sus más fieles servidores que han contraído matrimonio. Por supuesto Lord Darnley y su séquito de confianza están invitados, algo que dejará bastante tiempo para preparar el ataque al quedar la residencia de Kirk O'Field sin vigilancia.

El consejero Moray ha desaparecido de Edimburgo misteriosamente y Bothwell no aparece por ninguna parte, algo que es detectado no sólo por los nobles que acuden a la fiesta sino también por un Darnley aún debilitado por la enfermedad. Pasadas las once de la noche Enrique Darnley se retira agotado, pero la reina no permite que pase la noche en la residencia real de Holyrood, por lo que debe regresar a su fría mansión de Kirk O'Field. Los ejecutores de la Santa Alianza, ayudados por Bothwell, han colocado una gran carga de pólvora en los pilares que sujetan la estructura de la casa.

Sobre las dos de la mañana la tierra tiembla en Escocia tras una violenta explosión parecida a la de veinticinco cañonazos disparados a la vez. Incluso la onda expansiva se ha notado tras los gruesos muros de la residencia de la reina Maria. De repente la puerta del dormitorio de Maria Estuardo se abre violentamente y aparece un criado que extenuado le informa que la residencia del rey en Kirk O'Field ha volado por los aires. Escoltada por una guardia armada, María encabeza una partida que se dirige a toda velocidad al lugar en donde hasta hace pocas horas se erigía una gran casa señorial rodeada de verdes prados y en donde ahora sólo se muestra un gran cráter y tierra quemada y negruzca a su alrededor. Los cuerpos

esparcidos de los criados de Enrique Darnley aparecen a cientos de metros del lugar de la explosión. El cadáver del rey aparece en el interior de un riachuelo que fluye a pocos metros junto al de un sirviente entre los restos retorcidos de su cama y con varios de sus trozos incrustados en su carne. Las heridas provocadas en el cuerpo del rey consorte de Escocia por la explosión no permiten ver las marcas dejadas por la fina cuerda con la que ha sido estrangulado.

El sistema de nudo utilizado para matar a Darnley y a su criado era el mismo que el utilizado por los miembros de la secta de los “Ashishin” en las montañas Alborz, al noroeste de Teherán y al noreste de Qazvin. El explorador Marco Polo había visitado el castillo de Alamut, en donde operaban los ashishin en el año 1273. Sus secretos, sus sistemas y formas de asesinar incluido los más de treinta y dos formas de estrangulamiento quedaron escritos en uno de sus diarios de viaje. Parte de este texto sería recuperado por el jesuita Matteo Ricci durante uno de sus viajes a esta parte del mundo y siguiendo los pasos de Marco Polo.

Los cuatro hombres de la Santa Alianza, entre los que se encuentra José Rizzio, el hermano de David, se alejan de Edimburgo a caballo tras haber encendido las mechas. La deflagración no hace siquiera que vuelvan la vista atrás. Lamberto Macchi sabe perfectamente cual será el resultado. La primera parte de la venganza se ha cumplido y así se hace saber al Sumo Pontífice en Roma. Los acontecimientos se desarrollan a toda velocidad entonces.

El 15 de mayo de 1567 y todavía de luto, María Estuardo contrae matrimonio con Bothwell a quien todos señalan como el responsable intelectual del asesinato de Lord Enrique Darnley. El 6 de junio, un grupo de lores se subleva contra la posibilidad de que Bothwell sea coronado como rey de Escocia, nueve días después y tras una confusa batalla en la colina de Carberry, Bothwell emprende la huida y María Estuardo es hecha prisionera.

Tras una serie de acontecimientos las relaciones entre Isabel I de Inglaterra y Felipe II de España fueron de mal en peor y no contribuyó a mejorarlas el informe del papa Pío V recibido en la Corte de Madrid en donde informaba al poderoso monarca la implicación de la corona inglesa en los hechos acaecidos en Escocia y que acabaron con el destronamiento de la católica María Estuardo. Lo que si estaba claro es de que 1568 sería el *annus horribilis* del reinado de Felipe II y las actuaciones de la Santa Alianza no iban a mejorarlo. Para el mayor protector de la cristiandad todo aquel asunto era realmente una “complicación inglesa”.

Estaba claro que la protestante Isabel de Inglaterra no iba a levantar su mano contra la católica María teniendo tan cerca, en Bruselas, a los ejércitos españoles liderados por el Duque de Alba. Felipe II mostraba así su poderío ante el resto de las naciones.

La búsqueda del resto de conjurados continuaba en la mente de Lamberto Macchi y sus hombres. En su bolsillo permanecía envuelto en terciopelo rojo el documento papal que les protegía y en donde estaba escrita la misión. El

pergamino debía ser destruido una vez que se cumpliera la venganza o devuelta al Papa, si esta no era completada. Los siguientes objetivos del religioso de la Santa Alianza serían Lord Patrick Ruthven, Lord Fawdonshide que apuntó con una pistola a la reina, Lord Moray, el huidizo y hábil hermanastro de la reina María Estuardo y John Knox, el radical predicador.

El siguiente en caer sería Lord Fawdonshide. Esta vez Lamberto Macchi y sus tres seguidores no tienen que buscar demasiado. Fawdonshide, el mismo que tuvo valor para levantar su arma contra la reina, se encuentra escondido en una pequeña casa a las afueras de Lochleven en donde ha esperado su muerte confortablemente. Sin resistencia es llevado hasta un árbol próximo y colgado por el cuello. El noble escocés aún patalea colgado por la soga mientras los cuatro jinetes de la Santa Alianza se alejan en busca de una nueva víctima. El nombre de Fawdonshide es tachado con sangre roja del Informi Rosso.

Moray caería el 11 de enero de 1570 víctima de una estocada que le atravesó el cuello. Macchi mojó en sangre su dedo y tachó su nombre en el pergamino. La venganza por el asesinato de David Rizzio no se había cumplido del todo. Aún quedaban vivos John Knox y Patrick Ruthven por lo que el Informi Rosso que le había sido entregado en Roma coronado con el escudo pontificio y que Lamberto Macchi portaba en su bolsillo no podía ser destruido, todavía.

Casi un mes después, el 25 de febrero, el papa Pío V hacía pública la bula *Regnans in Excelsis* con la que declaraba la excomunión de la hereje Isabel I de Inglaterra. Esta sentencia pontificia en la Europa del siglo XVI era realmente una medida de extrema gravedad y que afectaba más al propio pueblo de Inglaterra que a la soberana. Los católicos ingleses se encontraban entre la lealtad debida a su reina y la lealtad que le debían a su fe y por consiguiente al pontífice de Roma. Los protestantes ingleses se encontraban con la herramienta para acusar a Pío V de “Anticristo de Roma”. Lo que más preocupaba a Isabel no era el valor del documento en sí, sino el que probablemente detrás de la firma del papa estuviese la mano de Felipe II de España y de Carlos IX de Francia.

El monarca español envía una carta a su embajador ante la corte de Londres, Guerau de Spes en la que se muestra sorprendido “... Su Santidad ha promulgado una bula sin consultarme en absoluto ni informarme. Yo habría podido, ciertamente, dar mejores consejos. Temo que todo esto, lejos de mejorar la situación de los católicos ingleses conduzca a la reina y a sus consejeros a acentuar la persecución”.

Para el rey de España la bula de Pío V suponía una grave intromisión en los asuntos políticos europeos. El propio Felipe II sabía que aquellos años en los que un papa (Gregorio VII) podía obligar a un emperador a humillarse ante él, o un papa (Urbano IV) regalar un reino de Sicilia a un príncipe habían pasado ya. Para el monarca español, Pío V se equivocaba de siglo sin duda alguna.

Las consecuencias de la bula sería el martirio de miles de católicos ingleses y el fin de cualquier posibilidad de acercamiento entre Londres y Roma. A corto y medio plazo la principal víctima de aquella bula no sería Isabel I de Inglaterra sino el propio catolicismo. Las cabezas coronadas de Europa lo

sabían, pero Pío V, el monje inquisidor y creador del servicio de espionaje pontificio no estaba dispuesto a dar marcha atrás, aunque para ello tuviese que utilizar a los asesinos de la Santa Alianza siempre en defensa de la fe. Se avecinan años oscuros.